

ALESSANDRO PRONZATO

**NUNCA HEMOS VISTO  
NADA SEMEJANTE**

Comentarios al evangelio de Marcos

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2002

*A don Sandro (grande) Vitalini  
con admiración y agradecimiento  
por su teología,  
capaz de bajar de la cátedra  
y mezclarse con la gente*

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Pablo García  
sobre el original italiano *Tu solo hay parole...*  
*Incontri con Gesù nei vangeli II. Marco*

© Alessandro Pronzato, 1994

© Ediciones Sígueme S.A., 2002

García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 84-301-1472-6

Depósito legal: 6666/2002

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca 2002

## CONTENIDO

<i>Presentación</i> .....	9
1. Los que ven que se les propone un nuevo oficio (Mc 1, 16-20) .....	15
2. El que no quiere que le molesten (Mc 1, 21-28) .....	23
3. La que tenía fiebre (Mc 1, 29-31) .....	35
4. El que debía estar lejos (Mc 1, 40-45) .....	39
5. El llovido del techo (Mc 2, 1-12) .....	53
6. El que cuenta los dineros y los que siempre tienen algo de qué reírse (Mc 2, 13-17) .....	67
7. Los que quisieran hacer ayunar a todos (Mc 2, 18-22) ...	75
8. Los que el sábado... (Mc 2, 23-28) .....	87
9. El que tiene que estar en medio (Mc 3, 1-6) .....	95
10. Los que piensan que está un poco mal de la cabeza y los que creen que está endemoniado (Mc 3, 20-35) .....	107
11. Los que todavía no tienen fe (Mc 4, 35-41) .....	121
12. Los de los puercos (Mc 5, 1-20) .....	135
13. La que duerme (Mc 5, 21-24.35-43) .....	153
14. La que es descubierta en medio de la gente (Mc 5, 25-34) .	163
15. Los de su pueblo (Mc 6, 1-6) .....	173
16. Los que vienen a dar cuenta (Mc 6, 30-34) .....	183
17. Los que se preocupan de tener las manos limpias (y la conciencia no importa cómo...) (Mc 7, 1-23) .....	191
18. La que se contenta con las migajas (Mc 7, 24-30) .....	207
19. El que con saliva... (Mc 7, 31-37) .....	213
20. El que veía a los hombres como árboles (Mc 8, 22-26) .	221
21. El que era muy rico (Mc 10, 17-31) .....	227
22. El hombre del manto (Mc 10, 46-52) .....	253
23. Los que le organizan una fiesta (Mc 11, 1-11) .....	267
24. Los ostentosos y la que tenía sólo dos monedas (Mc 12, 38-44) .....	275
25. La que derrochaba el perfume (Mc 14, 1-11) .....	287
26. El que lo juzga (Mc 15, 1-15) .....	299
27. El que fue obligado a llevar la cruz (Mc 15, 21) .....	305
28. El que «llegó» después de morir Jesús (Mc 15, 39) .....	311



## PRESENTACIÓN

### Acercarse al león sin tomar precauciones

Después del primer volumen de los «Encuentros con Jesús» en los evangelios de Juan y Lucas, estaba prevista la serie dedicada a los otros dos evangelistas. Sin embargo, Marcos, haciendo honor a su símbolo tradicional, ha desempeñado ciertamente el papel de león recluso, esperando a Mateo en la sala de espera hasta dejarlo para el último volumen, con el que ha concluido la serie.

No es que Marcos haya sido particularmente invasor. Al contrario, es siempre muy moderado y discreto. Su evangelio es el más breve de todos, apenas de dieciséis capítulos.

Además de juntar, completar y armonizar diversos retazos dispersos en los ciclos de *El pan del domingo*, *Palabra de Dios* y *El evangelio en casa*, he pensado que estaría bien recuperar muchas páginas de *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos*, obra agotada hace ya tiempo. De este modo, podría contentar, al menos parcialmente, a algunos lectores que me piden con insistencia aquellos tres volúmenes, pero cuya mole podría desanimarlos.

De partida indico que el corte de estos «Encuentros» es muy diverso de los precedentes. Juan en particular presenta una galería de personajes cuya relación con Jesús está basada, esencialmente, en el diálogo, a veces un tanto incomprensible. Basta recordar a Nicodemo, a la Samaritana...

Aquí, en cambio, el cara a cara es de otro tipo. El coloquio se reduce a pocas y sobrias palabras, a veces, incluso, ni siquiera palabras, al menos por parte de uno de los dos.

Muchos de estos personajes piden un milagro y lo que escuchan es una palabra de poder que los cura, pero también los transforma. Recobran la salud prodigiosamente y también, gracias al contacto

con el Maestro, reencuentran el sentido de la vida, dan un cambio decisivo, una nueva orientación al propio camino.

Todos los encuentros llevan un título que suena algo así como «los que» o «el que». Así, también nosotros entramos en la categoría de *los que* son sordos, se encuentran marginados, tienen la vista confusa, se sienten con dificultades para hablar, aparecen bloqueados en sus movimientos, se descubren como «ocupados» en demasiadas cosas inútiles, «poseídos» por señores abusivos, «llenos» de vacío, con una fiebre que no les deja reposar.

Por tanto, también nosotros nos acercamos a Jesús llevando nuestras enfermedades, algunas evidentes, otras secretas e incluso inconfesables.

Nos acercamos a él enrolándonos en la fila de todos *los que* quieren ser liberados, de todos *los que*, como Bartimeo, no soportan ya el espacio estrecho en que están condenados a vivir o les ha sido adjudicado por otros.

Lo que cuenta, entonces, no es la palabra, sino la mirada, esa mirada penetrante que hace una diagnosis despiadada de todos tus males, pero que, al mismo tiempo, se convierte en mensaje de amor y de esperanza. Tú puedes ser «otro».

La mirada que, como en el caso de la hemorroísa, te saca fuera de la masa, te hace salir al descampado y encontrar de nuevo tu rostro, tu nombre, tu ser único.

\* \* \*

Una cuestión recorre todo el evangelio de Marcos: ¿quién es Jesús? Se trata de un interrogante que, como germen de inquietudes, está también en nuestro ánimo.

De la respuesta a esta pregunta depende la dirección que nosotros queramos dar a nuestra existencia. No se trata de una cuestión puramente teórica, abstracta, doctrinal; hay que responder a ella más bien en el plano existencial: ¿quién es Jesús para ti? ¿Qué cambia en tu vida después que te has encontrado con él? ¿Qué quiere decir para ti creer? ¿En qué medida su palabra condiciona tu conducta, tus opciones?

Sobre todo, ¿estás dispuesto a seguir su itinerario?, ¿tienes la valentía de comprometerte por él, de dejarte implicar en su aventura?

\* \* \*

Es necesario destacar dos características peculiares del evangelio de Marcos que aparecen muy claramente en estos encuentros.

La primera procede del estilo narrativo. Más que escritor, Marcos es uno que cuenta. Le interesan sobre todo los hechos, las acciones. Su teología es una teología «factual», que no se expone, sino que debe captarse en el desarrollo de los acontecimientos.

El primer evangelista (sí, porque ahora ya es aceptado que fue Marcos el primero en escribir un evangelio) se distingue por un estilo personal más bien rudo –alguno dice incluso tosco–, vivo, sin complacencias estilísticas, que va en seguida al grano. Los esteticistas lo definen como «bárbaro». Pero es, simplemente, popular. Antes que cualquier otra preocupación, lo que pretende es hacerse entender.

Su griego es el hablado (la *koiné* o dialecto común). A este propósito, advierto que he adoptado una traducción que se aparta ligeramente de la oficial de la Conferencia episcopal italiana, para conservar en las páginas su inmediatez, aunque sea a costa de la elegancia estilística.

A alguno, lo sé, le hacen reír los numerosos anacolutos que Marcos disemina a lo largo de su narración. En realidad, aquellas construcciones rotas o incompletas, como suspendidas en el aire, constituyen una prueba del carácter del evangelista. Se diría que, en ciertos momentos, Marcos se deja llevar de lo apremiante de los acontecimientos, del deseo impetuoso de contarlos, de la urgencia de seguir adelante. Por lo cual la frase le resulta lenta, no logra seguir el paso de la rapidez de la acción.

Y luego las redundancias, los pleonasmos, las repeticiones engorrosas y aburridas, que nada gustan a algunos estéticos de fino paladar y muy melindrosos. Pero Marcos no escribía para ellos.

Observa X. Léon-Dufour: «El arte del narrador se hace sentir, especialmente, cuando deja al oyente tiempo para acordarse de lo que ya se ha dicho... Lo que caracteriza al buen narrador es poner de relieve la palabra importante».

En el arte de contar de Marcos, no puede silenciarse su desaparecer –*s'effacer*, que dicen los franceses– en el texto, su reserva. No expresa juicio alguno, no impone nada. Se limita a presentar, a sugerir. No afirma categóricamente. El sacar las conclusiones nos lo deja a nosotros.

También tengo que decir que Marcos gana al ser escuchado, más que al ser leído. Hay que esforzarse para «escuchar» sus palabras. Y sobre todo, imaginar los gestos, que revisten una importancia fundamental en el estilo oral.

Hace algún tiempo, presencié a distancia, en un mercado de Oriente medio, la conversación de dos hombres. Tenía la impresión de «ver» sus palabras, aunque no lograba distinguirlos. La mímica, los gestos, era más elocuente que cualquier discurso. Creo haber entendido todo a pesar de no haber oído nada.

Sin gestos, Marcos resulta incompleto y casi indescifrable.

\* \* \*

Segunda característica: a Marcos le encanta narrar y es capaz, como pocos, de contar cosas. Pero su narración se lleva a cabo por imágenes. Puede afirmarse que el suyo es un evangelio «visualizado».

Cristo, juntamente con quien entra en contacto con él, aparece en él en una serie de secuencias que van siguiéndose a ritmo acelerado: los detalles estrictamente necesarios, los gestos esenciales, el estilo descarnado, ninguna complacencia caligráfica a lo Zeffirelli, ninguna concesión a la espectacularidad.

Más que imágenes que se suceden suavemente, tenemos cortes bruscos, imprevistas aperturas, fuertes contrastes. Los personajes nunca son decorativos: se les introduce únicamente cuando tienen algo que decir o hacer.

Se presentan contraposiciones estridentes, por las que, apenas te ves invadido por un sentimiento, inmediatamente te encuentras agredido por otro contrario.

Se diría que Marcos logra traducir en imágenes incluso las profundidades del misterio de Cristo. Frente a sus gestos, sus palabras, sus actitudes, sus opciones, todos los personajes que aparecen en escena son sacados de su neutralidad y obligados también a tomar partido, a descubrirse, a declararse.

Ante las provocaciones de Jesús, se tiene la impresión de que Marcos fotografía los pensamientos secretos de sus interlocutores, los saca a plena luz. Algunos primeros planos parecen crueles, dan la idea de un travelín en las galerías secretas de los corazones, no sobre los rostros. Y la cámara de las tomas, en vez de lentes adicionales, parece dotada de un bisturí que sabe a dónde quiere llegar.

De hecho, ni siquiera tú logras escapar. Te sientes involucrado, escudriñado, puesto al desnudo. Sobre todo, constreñido a dar una respuesta precisa.

Entendámonos. Decir que el lenguaje de Marcos es un lenguaje de imágenes, no significa denunciar una ausencia de pensamiento. Hay pensamiento, ciertamente, sólo que no se te ofrece a través de ideas abstractas, sino que eres obligado a descubrirlo, a captarlo en aquellos fotogramas que se suceden a ritmo apremiante, hasta con bruscas superposiciones.

Si quieres entender algo, tienes que seguir la acción. Comprendes quién es Jesús observando a dónde va. Su identidad está dada por el itinerario que recorre. Si llegas hasta el fondo, la descubrirás.

Si quieres aprender su lección, tienes que estar atento, más que a lo que dice, a lo que hace. La doctrina se revela a través de sus acciones; la enseñanza se deduce de sus movimientos; el programa, de las posiciones que asume.

Él se explica con gestos concretos. El Cristo de Marcos podría decir, según la fórmula de Pomilio: «No he venido a demostrar, sino a mostrar».

Los discípulos se ven obligados, en primer lugar, a tomar posiciones. Su lectura de los acontecimientos depende del lugar en que se colocan. El Maestro reserva las explicaciones únicamente para los que ya han tomado la decisión, ya han hecho una opción precisa, ya han dado el paso —o el salto— de la fe.

El trasfondo de Marcos está constituido por una teología robusta. Pero no te es presentada de manera explícita y orgánica, sino de una forma alusiva. Son como ráfagas de luz que dejan entrever territorios que deberás explorar tú personalmente.

La teología de Marcos aflora, a trechos, sobre el terreno pisado por el paso de Cristo. Debes excavar tú, pero sin perder el contacto, naturalmente, con aquel Caminante infatigable.

El primer evangelio resulta, por tanto, el más afín a nuestra sensibilidad, madurada en la civilización de la imagen. Se impone una precisión, sin embargo: el evangelio «visualizado» no entra en las categorías de la diversión, de la evasión, del deleite estético, sino que se inserta en la categoría del compromiso.

No dispensa de pensar. Al contrario, te obliga a pensar. Más que estimular la curiosidad, pide una decisión. No colecciona emociones

y sensaciones, sino responsabilidades precisas, dudas tormentosas, inquietudes, remordimientos.

Es interesante, ciertamente. Pero en el sentido de que «interesa», compromete tu existencia. Lo lees –más bien, lo «ves»– no para «pasar» algún tiempo de descanso espiritual. Te encuentras, por el contrario, con algo dentro que te perturba; contagiado de una enfermedad que «pasa» sólo cuando se hace incurable.

En el fondo, el Evangelio como riesgo.

El encuentro con Jesús como peligro de ser aferrados, curados, exorcizados del miedo de comprometerse por él.

Y entonces se impone la imagen del león. Un león cuyo rugido te perturba especialmente cuando es silencioso.

¿Somos capaces de acercarnos a este león sin tomar demasiadas precauciones?

*26 de agosto de 1994, fiesta de san Alejandro mártir*